

LA EDAD DE ORO DE LA TRATADÍSTICA MILITAR ESPAÑOLA, 1570-1630

Antonio ESPINO LÓPEZ¹

¿Hubo una particular Edad de Oro de la tratadística militar española? Sin duda, creemos que sí. Y nos atreveríamos a decir que dicho período abarcaría aproximadamente desde la década de 1570 y llegaría hasta la de 1630. Con la decadencia militar, quizá no tan abrupta como se piensa, también arribaría una cierta declinación, más cualitativa que cuantitativa, en la creación de la tratadística militar hispana, justo lo contrario a lo ocurrido con la creación literaria durante aquellas mismas fechas, en las que a su brillantez cualitativa también se le sumó una abrumadora producción.

Obviamente, antes de alcanzar su particular Edad de Oro la tratadística militar hispana hubo de pasar por un proceso de adaptación a la nueva realidad. La tratadística militar española de inicios del Quinientos, como también la europea, reflejaría la dificultad por encontrar un nuevo modelo de ejército en una época de cambios. Un ejército compuesto preferentemente por soldados nacionales, con predominio de la infantería y equipado con armas de fuego. El modelo legitimador se buscaría en la Antigüedad clásica, de ahí la necesidad de leer a los autores del pasado, en sus lenguas originales, latín o griego, o mediante traducciones, pero leerlos. Ante la evidencia de que numerosos guerreros no podían, o no querían, ser intelectuales al mismo tiempo, de que la espada y la formación literaria parecían estar reñidas, los tratadistas militares laboraron para señalar a todos la importancia, y la necesidad, de leer. Y de leer no sólo los clásicos, sino también las obras que informaban sobre las nuevas características de la

¹ Universidad Autónoma de Barcelona.

guerra. La poca confianza en la teoría frente a la práctica, es decir, frente al saber adquirido tras muchos años de ejercicio con las armas en las manos, se venció insistiendo una y otra vez en que el oficial no era perfecto sin «ciencia». Que desdeñar la tinta y alabar sólo la sangre no tenía sentido. Que teoría y práctica no tenían porqué estar reñidas forzosamente. Recordemos por un instante el título de la obra más famosa de Bernardino de Mendoza *Theórica y práctica de la guerra* (Madrid, 1595). Asimismo, recordemos también que el latinista Lorenzo Palmireno apuntó que el esfuerzo del soldado era más provechoso «si ayunta los libros al yelmo: pues no son contrarias al arte militar las letras...»². No obstante, el peso de la práctica, del ejercicio activo de las armas, será tan extraordinario que, a menudo, los tratadistas se verán obligados a justificar el tiempo dedicado a la escritura. Quizá quien lo expresara de forma más bella fuese Marcos de Isaba en su *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid, 1594) cuando contando ya con cincuenta y cinco años, cuarenta de ellos de servicio, dirá: «...me ha acaecido a mí, hallándome ya ciego y manco, e inútil, que la conciencia me agrava tener el sueldo que se me da en la guerra, pues el oficio de capitán en que al presente sirvo a Su Majestad, requiere menos tiempo y más salud que la que yo tengo». Y por ello empleaba su tiempo en plasmar sus conocimientos y, en su caso particular, sus quejas para con la institución militar con ánimo de reformarla. También el alférez Juan de Funes, en la dedicatoria de su *Libro intitulado Arte Militar...* (Pamplona, 1582), supo compendiar algunas de las motivaciones de la escritura por parte del militar cuando confesaba: «Aviéndome puesto a ordenar en algunos ratos desocupados que he tenido, este tratadillo de arte militar: después de avello reducido en esta pequeña forma, he sido importunado de algunos mis amigos a hazello imprimir». O cuando Vicente Mut, sargento mayor del reino de Mallorca, admitía en la dedicatoria de su *El príncipe en la guerra y en la paz* (Madrid, 1640) que la génesis de su obra estaba en: «Estos ratos, ò procurados ocios de mis primeros estudios, [que] me mandaron imprimir mis amigos; yo lo escusava por ser mi profesión la de las armas, y más cuando estoy disponiendo unos papeles de fortificación, para darlos a la estampa: pero las armas no han de desperdiciar lo que trabajó el estudio (si es que resulta en mérito) vayan delante las letras, que Athenas siempre por la puerta de las escuelas pasaba los suyos a la campaña».

Eso sí, para hacer el camino más fácil, se insistirá una y otra vez en la concisión y en la brevedad de los escritos, en el uso de un lenguaje asequi-

² Citado por CÁMARA, A.: «La arquitectura militar y los ingenieros de la monarquía española: Aspectos de una profesión. (1530-1650)», en *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, 1981, p. 265.

ble a todos. En un lenguaje apto para soldados. Los tratadistas de la artillería y la arquitectura militar serán especialmente sensibles a tal cuestión, dado que sus materias eran más complicadas y las novedades que aportaban imprescindibles. Entre ellos, al menos así se desprende de las dedicatorias de sus libros, abundaba la escritura por motivos altruistas, por dar a conocer lo que tanto nos había costado aprender. Por amor a la patria. Porque la experiencia es el primer paso para formar al especialista, que transformaba a posteriori dicha experiencia en teoría. El gran artillero Luis Collado lo expresó diáfanoamente. Decía éste en su *Plática manual de artillería* (Milán, 1592) que escribía porque «...después de haber con larga práctica, mucho estudio y costa mía alcanzado algunos secretos del arte de la artillería... no hay cosa en ella escrita que de mí no haya sido experimentada y puesta en obra», de modo que había llegado el momento de transmitir dichos conocimientos al lector. Un ingeniero militar, D. González de Medina Barba, en su *Examen de fortificación* (Madrid, 1599) también se explicó muy claramente; en su dedicatoria al lector decía: «...yo he dado lo que tenía en este libro, sin [h]averme quedado con más que el desseo de que sea bueno, y que fuera mucho más para darlo todo». Y Cristóbal de Rojas en su manuscrito «Sumario de la milicia antigua y moderna...» de 1607, alegaba que escribía por la necesidad de dar lustre al lugar donde nació y a su patria.

Los pensadores militares de los siglos XVI y XVII se enfrentaron a la enorme dificultad de hallar soluciones para unos problemas logísticos, tácticos y estratégicos de primer orden: se trataba de reclamar capacidad de acción, disciplina y organización a unos ejércitos cada vez mayores. Según su lectura del pasado, el ideal era conseguir ejércitos de reducido tamaño, pero de gran disciplina y, por lo tanto, de enorme efectividad. Nadie pareció caer en la cuenta de que los ejércitos de antaño no sólo eran disciplinados, sino que también eran enormes en número. Es decir, que lo que se buscaba era crear un ejército permanente –como el romano– sin disponer todavía de las estructuras estatales apropiadas para ello. Es más, muchos autores no pudieron disimular su admiración por los jenízaros del sultán turco, de los que se decía, precisamente, que se asemejaban al ejército romano. Pero pronto surgió un nuevo modelo que imitar. El soldado galés sir Roger Williams en su *A briefe discourse of Warre* de 1590 aseguró que el español debía ser el nuevo modelo para cualquier ejército europeo de su tiempo: «De veras, no he visto ejército que supere al del Duque de Parma en su disciplina y buen orden»³.

³ Citado en THOMPSON, I.A.A.: «La guerra en la Historia Moderna. La *Revolución Militar* y la trayectoria de España», en *Actas V Jornadas de Historia en Llerena*, Llerena, 2004, pp. 11-26, cita en p. 19.

Junto a esta desiderata básica, los tratadistas militares hispanos del Quinientos se volcarán en hacer de sus libros auténticas herramientas de estudio y perfección para aquellos que querían prosperar en su oficio. Son obras eminentemente prácticas, en tanto en cuanto la amplia mayoría de ellas tratan sobre las características deseables de los diversos empleos del ejército, en especial el cargo de sargento mayor, columna vertebral del tercio; el arte de escuadronear, para el cual era indispensable dominar la raíz cuadrada; por no hablar de los tratados de artillería y arquitectura militar, cuyas nociones todos los oficiales superiores debían conocer. Era una literatura sobre el ejército que debería ser, de la misma forma que las obras de Historia se entenderían como una información útil sobre los ejércitos que habían sido y merecía la pena recordar y copiar.

Un gran número de tratadistas militares buscarán, pues, formar a los oficiales, hacerlos doctos en el arte de la guerra, gracias no sólo a la militancia en los campos de batalla, sino también al estudio. ¿Era una forma de asegurarles un puesto importante pasando por delante del oficial aristócrata? ¿El dominio de la teoría no sería una fórmula para dificultar la carrera militar haciéndola exclusiva, no del noble, sino del plebeyo estudioso? El gran D. Ufano en su *Tratado de la Artillería...* (Bruselas, 1612) insistía en el prólogo del mismo que el oficial, aunque no fuese de buena posición social, podría, mediante el estudio, adquirir reputación y valía a los ojos de sus superiores. Está muy claro que existió una obsesión en la tratadística militar del momento por promocionar el mérito que, sin duda, en muchos casos no se tuvo en cuenta, de ahí la insistencia. Pero, poco a poco, todas las instancias fueron convenciéndose de la necesidad de contar con oficiales expertos y de valía. Y ello no será una característica del caso hispano, también se dará en la tratadística militar italiana o francesa; un tratadista tan importante como el duque de Rohan abogará insistentemente por el mérito en la Francia del siglo XVII. Y lo más importante: las críticas favorables al mérito y desdeñosas con la cuna no se inician en el Seiscientos, sino ya en el Quinientos.

Lo mejor del arte de la guerra hispano se produjo en muy pocas décadas. De forma bastante clara, hasta el inicio de la guerra en los Países Bajos, la Antigüedad clásica y las guerras de Italia suministraron originales que se tradujeron y experiencias personales que se asimilaron, se escribieron y, gracias a la imprenta, se legitimaron y llegaron a un público mayor. Pero, sin duda, la escuela de Marte que fueron los Países Bajos, como se decía en

la época, produjo lo mejor de la tratadística hispana y, lo más interesante, en muy poco tiempo. A partir de la década de 1570 publicaron B. de Mendoza, B. de Escalante, S. de Londoño o F. Valdés; tampoco hay que olvidar a M. de Eguiluz o Marcos de Isaba, que se podrían incluir en el grupo, aunque su campo de operaciones principal fuese Italia. De hecho, para el Seiscientos se podrían argumentar dos cosas: en primer lugar, se tradujeron muchos tratados de autores italianos y, en segundo lugar, las posesiones italianas de la Monarquía sustituyeron a los Países Bajos como lugar de formación y, en muchos casos, de publicación de las obras.

Los tratados sobre artillería y sobre fortificación más importantes, salvo excepciones, también se concentraron en las décadas finales del XVI y a inicios del XVII: obras como las de C. Lechuga, L. Collado, D. González de Medina Barba, C. de Rojas, D. Ufano o D. Álava y Viamont así lo atestiguan. Por ello, podemos afirmar que el momento de esplendor de la tratadística militar hispana se situaría entre las décadas de 1570 y 1630 –contando los títulos y su importancia, el número de ediciones y el de traducciones que de estas obras se hicieron. Durante el reinado de Felipe II sólo se editaron trece títulos hasta 1579, pero entre 1580-1598 aparecieron treinta y tres nuevos títulos. ¿Fue casualidad? No lo creemos si, además, tenemos en cuenta las reediciones. Hasta 1579 se reeditó un solo libro, pero a partir de 1580 salieron de las prensas diecisiete ediciones de obras ya impresas. En total, cincuenta ediciones frente a catorce. La década de 1588-1598, es decir, los años del reinado de Felipe II marcados por la derrota de la Armada Invencible, es la más prolífica en número de ediciones de ambos siglos: se publicaron treinta y ocho. Sólo en 1595 y 1596 se imprimen siete ediciones cada año y seis en 1590. De todas formas, tampoco podríamos olvidarnos de la etapa 1640-1659, bastante fértil en cuanto a la producción, aunque los contenidos no sean tan brillantes, siempre con las consabidas excepciones. Por otro lado, el período que iría de 1492 a 1570 no fue tan pobre en ediciones como, en su momento, pensaba John R. Hale cuando comparó la producción de la tratadística militar en las prensas venecianas con las de otros estados europeos. Los sesenta y siete títulos de Venecia entre los años señalados impresionan, pero en la Monarquía Hispánica no se editaron sólo tres títulos –o diez en Francia– como apunta el autor británico: hemos encontrado treinta y un títulos para el caso hispano⁴.

En la comparación con otras producciones nacionales –a partir de los títulos que conocemos– podemos intentar rastrear alguna tendencia. Para

⁴ Véase su «Printing and Military Culture of Renaissance Venice», en *Renaissance War Studies*. Londres, 1983.

cuando aparece en la imprenta el primer tratado de un autor hispano dedicado enteramente a la artillería, o bien el de L. Collado (primera edición en italiano de 1586) o el de D. de Álava (1590), los autores italianos ya habían publicado cuatro obras. La distancia es más abrumadora cuando hacemos la comparación con los libros sobre arquitectura militar. En 1598 aparece la obra de C. de Rojas; para entonces las prensas italianas ya habían publicado diecinueve títulos, que, a partir de 1599, y a lo largo del Seiscientos, se engrosarían con veintidós más. En total, cuarenta y un autores italianos publicaron en su país –más alguno que lo hizo fuera y en idioma extranjero–, mientras que sólo catorce españoles lo hicieron. Pero durante un cierto tiempo, tras los italianos, los artilleros y los ingenieros militares españoles fueron la punta de lanza de sus disciplinas en Europa.

Como decíamos, sin duda, fueron las Guerras de Flandes y sus hombres el principal elemento dinamizador de la tratadística militar española del momento. El primer tratado hispano de una cierta trascendencia fue el del maestro de campo Sancho de Londoño, quien escribe su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar à mejor y antiguo estado* en 1568 por orden del duque de Alba, tras tomar éste el mando del ejército de Flandes en 1567. Al no existir ordenanzas impresas, el duque de Alba hizo que S. de Londoño supliera dicha carencia con esta obra. Según S. de Londoño: «[Los soldados] españoles que aman la honra más que la vida y temen menos la muerte que la infamia; tienen de suyo voluntad a las armas, destreza y habilidad en ella; están en los peligros tan en sí como fuera de ellas, de manera que en sabiendo obedecer, guardar orden y lugar, sabrán cuanto es necesario para ser invencibles en tierra y en mar». Ciertamente, para S. de Londoño la obediencia es el fundamento de la disciplina militar, pero no lo es menos, como dice en su dedicatoria al de Alba, la elección acertada –por sus méritos– de los oficiales. El libro de Sancho de Londoño tuvo un gran éxito, gozando de seis ediciones en castellano, desde la primera en Bruselas (1587), así como una traducción al inglés por John Thorins publicada en Londres en 1590.

Con todo, si no nos equivocamos, no fue el libro de Londoño el primero en ser vertido al inglés. En 1582 se publicó en Londres gracias a la traducción de Nicholas Lichefield, la obra del capitán Luis Gutiérrez de la Vega *Nuevo tratado y compendio de Re militari* (Medina del Campo, 1569), producto de una gran experiencia. Gutiérrez de la Vega escribió un libro «útil y necesario», según se dice en la licencia de impresión, porque mucha gente se lo había pedi-

do y finalmente: «He determinado mostrarles en un breve compendio por escrito, lo que tantos y tan diversas veces me han pedido de palabra».

Una mención obligatoria merece el trabajo del maestre de campo Francisco de Valdés y su *Espejo y disciplina militar* (Madrid, 1578). Escrita en 1571, aunque, como vemos, publicada siete años más tarde, Valdés utiliza el diálogo entre Sancho de Londoño y Alonso de Vargas, todos compañeros en el ejército de Flandes. De hecho, la edición impresa en Bruselas en 1589 incluía el *Discurso* de Sancho de Londoño. Obra de enorme éxito, contó con trece ediciones, tres de ellas en italiano (una traducción del astrónomo y matemático P. Gallucci), y una inglesa (Londres, 1590) realizada por John Thorins.

Para Valdés, el buen orden de batalla era un factor clave, pues permitía vincular a los soldados del pasado con los del presente: «Julio César... ¿qué otra cosa que la buena disciplina y orden de guerra hizo victorioso? Y en nuestros días Hernán Cortés... al fin con sólo el buen orden conquistó el Imperio mexicano...». Otro ejemplo, como no podía ser de otra forma, era el propio duque de Alba. La definición de escuadrón que realizó nuestro autor se nos antoja perfecta: «es una congregación de soldados ordinariamente puesta por la cual se pretende dar a cada uno tal lugar que sin impedimento de otro pueda pelear y unir la fuerza de todos juntos, de tal manera que se consiga el principal intento y fin, que es hacerlos invencibles... sin duda debemos creer que el ejército que mejor ordenado y disciplinado estuviese, aunque menor en número, será siempre (según razón) señor de la victoria».

La obra de Valdés, como escribimos en su momento, marcó extraordinariamente la tratadística posterior no sólo en el estilo, sino también en los temas y las justificaciones para tratar de los mismos. En cualquier caso, muchos autores coincidirán en que el binomio disciplina-experiencia era la clave de un ejército competente.

A fines de siglo, dos autores muy importantes son de obligatoria reseña. Martín de Eguiluz y Marcos de Isaba, tuvieron en común su larga experiencia en la milicia y su estancia en Italia, el otro gran centro, junto a los Países Bajos, donde los oficiales hispanos desarrollaron todo su saber militar y llegaron a inmortalizarlo gracias a la imprenta.

La obra de Martín de Eguiluz *Milicia, discurso y regla militar...* (Madrid, 1592), dedicada a Felipe II, fue reeditada en Amberes en 1595. Pocas defensas de la milicia como la que escribiera Martín de Eguiluz recogen tan bien la ideología del momento: «el arte más honroso y sublimado de quantos ay, porque ella con las armas en las manos sustenta los reynos, estados y señoríos: y quien sino ella sustenta justicia y razón? (...) Y quien haze al que nació de baxo estirpe, noble, sino el valor dellas, exercitadas en servicio de su Rey y Señor, sirviéndole lealmente; aunque también se ennoblecen por las letras

y estudio: pero diferencia grande [h]ay de exercicio de estudio a las armas?». Para nuestro autor, armas y letras eran, más bien, complementarias: «Es muy bueno leer historias y escrituras de antiguos valerosos Capitanes, para despertar y habitar el entendimiento, y acrecentar el animo los que siguen la Milicia. Pero no se atenga nadie a que con solo [h]aver leydo serà apto para guiar el exercicio de la guerra, ni se fie de ello, sino que ha de ser cursado y [h]aver visto exércitos, y perdido el temor al enemigo. Si bien con el curso de la guerra juntando las letras será perfecto, más que sólo el que tiene el curso de la guerra: y a ningún género de gentes le asientan las letras mejor que al soldado, porque le hazen fuerte y perfecto hombre».

Marcos de Isaba, capitán de infantería con cuarenta años de servicio, manco y durante un período preso por los franceses, culminó su carrera con el cargo de castellano de Capua y con la redacción de un libro, dedicado a Felipe II, y, tras su muerte, finalmente impreso por su cuñado Miguel Guerrero de Cassedà. Marcos de Isaba, en su *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid, 1594), declaraba en su disculpa a los lectores que su propósito no era otro que «ver enmienda en esta milicia, y decir lo que de ella entiendo... reformándola de lo que no fuere bueno y allegándola a lo mejor y con suficientes razones diré no ser tanto el gasto de la hacienda en sustentarla... Y aunque el número no sea grande, guardando la orden y obediencia, se podrá esperar de ella el fruto que los buenos soldados dan a sus Príncipes». En estas líneas se condensa la mayor parte del pensamiento reformista militar hispano del momento.

En los años finales del Quinientos descollaría el maestre de campo Bernardino de Mendoza con su *Theórica y práctica de guerra* (Madrid, 1595). A nuestro juicio, Mendoza fue uno de los primeros en reflexionar acerca de la naturaleza de la guerra más conveniente para la Monarquía Hispánica, siendo consciente de que la Monarquía, por la extensión de sus posesiones, siempre se hallaría en guerra, ya fuera ésta defensiva u ofensiva. Para Mendoza, la guerra ofensiva era la «...más descansada para los Príncipes, por ser voluntaria, y no forçosa, como la defensiva, dando lugar para hazer las provisiones en tiempo, y tenerlas con el sazoadas: es de considerar ser natural cosa en todos los hombres, quanto más en los reyes el desseo de conquistar: y quando un príncipe lo haze es muy loadado, y no reprehendido, si dexa de acometer semejantes empresas...». Pero este tipo de guerra tenía muchos inconvenientes, sobre todo si nos embarcamos en una empresa que sobrepasase ampliamente nuestras fuerzas reales. Mendoza claramente apuntaría en su obra hacia los beneficios de la guerra defensiva para una Monarquía como la hispánica. El libro de B. de Mendoza, *Theórica y práctica de la Guerra...* fue el de mayor trascendencia fuera de la Península, junto al de F. de Valdés.

De hecho, apareció primero en francés (traducción de G. Acudiere, París, 1591) y, posteriormente, fue impreso de nuevo en 1597 (ó 1598). En italiano fue publicado en Venecia en 1596, 1602 y 1616, en traslación de Salustio Gracci, dedicándose las dos primeras ediciones al duque de Mantua. En inglés apareció en 1597, en traducción del diplomático Edward Hoby.

Creemos que dos obras de las primeras décadas del siglo XVII merecen la pena ser citadas, sobre todo porque, de alguna forma, fueron el producto tardío, si se quiere, de la ideología militar española de finales del siglo XVI. Una de ellas fue, sin duda, *Teórica, práctica y exemplos de guerra...* (Milán, s.f.) del capitán Bernardino Barroso⁵. Otro tratadista, el jurista y militar aragonés Francisco V. Sala y Abarca lo utilizaba aún en 1685 y decía de él: «Ya son pocos los libros que quedan de Barroso»⁶. La intención del autor era mostrar como un espejo, «con breve claridad, y erudición todo lo que un soldado noble, y virtuoso con officio o sin él puede desear saber en la Milicia para alcanzar en ella por sus derechos, y buen modo de proceder honrra, riqueças, y tropheos». Barroso es interesante cuando apuntaba que había introducido en su obra alguna novedad fruto tanto de su experiencia como del estudio. Es de los primeros en advertir que para los cargos superiores, como el de maestre de campo general, no era suficiente la experiencia personal, sino que la lectura de obras adecuadas debe suministrar un bagaje más amplio de situaciones vividas por otros que ayudasen en un momento dado a tomar la decisión correcta. Para Barroso: «...la fuerça, apoyo, y fundamento de la experiencia es la memoria, y sin ella no vale el [h]aber visto, oydo, ni practicado...». De todas formas, cuando se analizaban las virtudes de la mayor parte de los cargos del ejército, casi todos los tratadistas del siglo XVI alababan sobre todo la práctica adquirida tras largos años de servicio. Pero ¿no es lógico que así fuera? ¿Cómo se iban a adquirir conocimientos mediante la lectura si las principales obras llegaron a partir de las décadas de 1580 y 1590? Y, por último, ¿cuántos oficiales leían estas obras? En el siglo XVII sí se confió más en la teoría, sin desdeñar la práctica, por supuesto. ¿Pero quiénes confiaron en la teoría? Obvio. Quienes escribían, porque también eran quienes leían. Y un buen ejemplo lo tenemos en el segundo tratadista de esta época dorada del Seiscientos, M. Pérez de Exea en su obra *Preceptos militares...* (Madrid, 1632). El autor expuso claramente no sólo sus intenciones, sino también la forma de llevarlas a cabo: se tra-

⁵ Contamos con una edición reciente con estudio introductorio de Antonio Espino, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.

⁶ ALMIRANTE, J.: *Bibliografía militar de España*. Madrid, 1876, p. 60. ANTONIO, N., *Bibliotheca Hispana Vetus et Nova*. Visor, Madrid, 1996, Edc. facsímil de la edición de Madrid, 1788, vol. III, p. 215.

taba de experimentar en el campo de batalla las diversas formaciones para, posteriormente, reflejarlas en su libro en forma de «...científicas operaciones». En concreto, en el capítulo XVIII dedicado al tercio, Pérez de Exea expuso un planteamiento muy interesante de cómo se avanzaba en el conocimiento de lo militar. La teoría se adquiriría «...ya por la sciencia de libros, assi de guerra, como de historia, preceptos de grandes generales, y experiencias que en la paz se consiguen exercitando los soldados...». Luego, se pone en práctica lo aprendido, se desecha lo desacertado y con lo aprovechable se «...hacen aforismos, y reglas generales para todas ocasiones»⁷.

El resto del siglo XVII no deparó, a nuestro entender, obras del interés, o del nivel, de las anteriores, aunque cabría reconocer la importancia de los trabajos del barón de Auchy, del marqués de Aytona, de Pedro de la Puente o de Francisco Dávila⁸.

Y con relación a la ingeniería, la artillería y la arquitectura militar ocurriría algo parecido: el grueso de las obras importantes se produjo, con alguna excepción, a caballo de los siglos XVI y XVII.

Uno de los tratadistas artilleros más influyentes de la Europa del Quinientos fue el español Luis Collado. La *Plática manuale* (Milán, 1586) de Collado apareció primero en italiano al ser éste ingeniero en el ejército de Milán. No en vano, J. Almirante ya apuntó en su momento que Milán fue en los siglos XVI y XVII el principal centro de la artillería hispana⁹. Con todo, la obra de Collado tuvo una edición en castellano (Milán, 1592) y dos más en italiano (1626 y 1641).

L. Collado fue el primero en publicar la influencia que sobre el alcance de las piezas tenía la relación entre el calibre y la longitud de las mismas. Diego Ufano trabajará a partir de las experiencias del anterior en Italia, buscando la longitud que permitía un mayor alcance a cada pieza. La de L. Collado, a decir del general Vigón, fue la obra de estas características más difundida en España. Según Picatoste, «...su libro fue más apreciado y seguido que el de Alava, y sirvió por mucho tiempo en Europa como base para la enseñanza de la artillería»¹⁰.

⁷ Recordemos que N. Maquiavelo aconsejaba al príncipe que «Por lo que hace referencia al adiestramiento de la mente, el príncipe debe leer las obras de los historiadores y en ellas examinar las acciones de los hombres eminentes, viendo como se han conducido en la guerra, estudiando las razones de sus victorias y de sus derrotas a fin de que esté en condiciones de evitar las últimas e imitar las primeras...». MAQUIAVELO, N.: *El Príncipe*. Madrid, 1981, capítulo XIV.

⁸ Véase ESPINO LÓPEZ, A.: *Guerra y Cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*. Madrid, 2001, pp. 90-125.

⁹ ALMIRANTE, J.: *Diccionario militar*. Madrid, 1889, p. 84.

¹⁰ PICATOSTE y RODRÍGUEZ, F.: *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI*. Madrid, 1891, pp. 53-54.

También es importante el tratado de Diego de Alava y Viamont, autor de *El perfecto capitán, instruido en la disciplina militar, y nueva ciencia de la artillería* (Madrid, 1590), aunque su trabajo no sólo versaba sobre esta cuestión. Alava rectificó los errores cometidos por el famoso matemático italiano N. Tartaglia, mejorando la teoría de la balística haciéndola avanzar. Alava fue uno de los primeros en considerar que era «...más noble la ciencia que la experiencia», y, más adelante, desarrolla esta idea: «quien inorare ser madre las letras del uso de las armas, no juzgue averme metido en facultad agena, pues ninguna lo será para quien tuviese varia lección de autores: ni se podrá llamar propia del que la trata, teniendo en ella por maestro à sola la experiencia, pues es acogida de inorantes, desacompañada del adorno de las ciencias, que para hazer cierto lo que enseña, han de andar en su compañía».

En la segunda década del Seiscientos comenzaron a publicarse los mejores tratados hispanos sobre artillería, como el de Cristóbal Lechuga, *Discurso... en que se trata de la Artillería y de todo lo necesario a ella* (Milán, 1611). C. Lechuga, que llegó al ejército como soldado raso y comenzó a leer por su cuenta la obra de L. Collado, afirmaba haber escrito su libro «para animar á algunos que aprendan por theorica lo que á mí... me pudo enseñar la práctica». Decía haber «leído todos los auctores que he podido hallar y de ella [h]an escrito...», y consistir su tarea en aclarar algunos puntos por la prolijidad y confusionismo que existía, pero añadía que lo había hecho sin «...perdonar algunos ratos desocupados que la ocasión y el tiempo pueden [h]averme ofrecido...».

Pero la estrella indiscutible de la artillería española fue Diego Ufano con su *Tratado de la artillería y uso della...* (Bruselas, 1612). La obra, dividida en tres partes, realizaba en la primera un breve recorrido por la evolución histórica de la artillería y de la pólvora, y pasaba a describir todo tipo de cañones –unos cincuenta modelos– y su fundición... La segunda parte divide en veintisiete capítulos un diálogo entre un general de artillería –su superior en el ejército de Flandes D. Luis de Velasco, cuyas ideas expone– y el propio autor sobre cuestiones artilleras, tratando aspectos prácticos de su arma en campaña, tanto durante la marcha como atacando una plaza. Obviamente, D. Ufano utilizará ampliamente su experiencia en las guerras de Flandes como fuente de conocimientos. La tercera parte versaba sobre la formación del «perfecto» artillero en una treintena de capítulos; se trata de enseñar a cebar las piezas, medir las para saber sus calibres, dispararlas, la fabricación de la pólvora y otros fuegos de artificio, incluyendo casos prácticos que se daban en campaña.

La obra de Diego Ufano fue la más traducida de las escritas por un tratadista militar español de la época. Además de tres ediciones en castellano, contó con una primera edición en francés, publicada en Frankfurt (1614), pero con la extraordinaria aportación de las láminas dibujadas por el famoso grabador Theodor de Bry. En francés, además de esa primera edición de 1614, se imprimió en Rouen en 1621 y 1628. La primera traducción alemana también fue de 1614 y la obra se reeditó en dicha lengua tres veces más. Los tratadistas franceses como el conocido François Blondel, en su *L'art de jeter les bombes* (1683) dedicaba tres capítulos a estudiar y criticar la aportación de Ufano a la luz de los nuevos conocimientos de Galileo, mientras que Jean Appier, llamado Hancetlet, Saint Rémy o Georges Fournier valoraron la obra del autor hispano. Pero fue en Inglaterra donde D. Ufano tuvo, incluso, mayor éxito. Tanto Ufano como L. Collado aparecían mencionados en la obra de Robert Ward, *Animadversions of Warre...* (Londres, John Dawson, 1639). Otro inglés, Robert Norton, había empleado las enseñanzas sobre artillería de N. Tartaglia a D. Ufano en su *The Gunner* (Londres, 1628), y publicó las tablas de D. Ufano sobre la trayectoria de los proyectiles. En la época de O. Cromwell, los tratadistas militares ingleses tradujeron a los autores italianos, españoles y franceses, de modo que el soldado inglés se familiarizó con las técnicas bélicas continentales. En concreto, W. Eldred –*Gunneris Glasse*, (Londres, 1646)– y Nathaniel Nye –*Art of Gunnery*, (Londres, 1647, 1648, 1670)– utilizaron la obra de D. Ufano como máxima autoridad.

En cuanto a la poliorcética, el principal autor hispano fue, sin duda, C. de Rojas. Rojas fue nombrado por Felipe II profesor de fortificación de la Academia de matemáticas y arquitectura civil y militar de Madrid, fundada en 1582. Su formación como arquitecto e ingeniero la adquirió junto a Juan de Herrera trabajando en El Escorial. C. de Rojas fue el primer tratadista español de fortificación gracias a su saber expuesto en su *Teoría y práctica de la fortificación* (Madrid, 1598), una obra que rápidamente fue incluida, mejorándola y completándola con otros datos, en la síntesis de Diego González de Medina Barba *Examen de fortificación* (1599). El propio C. de Rojas reclamaba el hecho de ser el primero en escribir sobre fortificación: «...y también lo fuera tomar à mi cargo el escribir esta materia, si algun Español lo huviera hecho; pero viendo que esta nacion tiene mas cuydado de derribar las fuerças, y muros de los enemigos, que de enseñar à fabricarlos... determinè abrirle camino, y poner en manos de V.A. este libro, para que viendole tan favorecidos, otros ingenios mas levantados den perfeccion à mi intento, sacando à luz sus talentos escondidos... Assi

lo espero yo de este libro como instrumento que moverá los que le seguirán luego...».

Hasta la aparición de la obra de C. Rojas, según Alicia Cámara, en España se habían utilizado las obras de autores italianos¹¹ sobre fortificación y ésta se contemplaba como un factor más del arte de la guerra, pero con dicho trabajo, donde se extractaba lo mejor de los autores transalpinos, ya no hizo falta.

Probablemente, de todos los aspectos que tienen que ver con la tratadística militar el más cercano al universo de M. de Cervantes y el Quijote sea la disputa entre las armas y las letras. Dicha disputa era tan vieja como las opiniones favorables a que los grandes soldados –y la nobleza en general– fuesen tan versados en unas como hábiles con las otras, como se ha ido viendo. Ya Pedro Mexía en su *Silva de varia lección* (Sevilla, 1540), citando el *De re militari* de R. Valturio (siglo XV), se hacía eco de todos los grandes generales de la Antigüedad que fueron amantes de las letras, (lib. III, capt. X) y concluía que las letras no sólo eran útiles a los reyes y príncipes, sino también para la gente de armas¹². Pero algunos soldados, como el capitán Barahona en carta a Felipe II (1562) reclamaban la preeminencia de lo marcial: «¿Quien echó a los moros de España? ¿Quién descubrió las Indias? ¿Quién ha metido tantas riquezas en España? ¿Quién ha ganado los Estados de Italia y defendido los de Flandes? Por cierto, no el bachiller con sus párrafos, ni el escribano con sus plumas...»¹³. El médico valenciano Jerónimo Virués, a fines del siglo XVI, también se interesó por esta problemática en su participación en la llamada «Academia de los Nocturnos», lo que demuestra la atracción que sobre este tema hubo en amplios círculos culturales¹⁴.

Por su trascendencia literaria, el discurso de Don Quijote acerca de las armas y las letras es el más famoso, pero merece la pena conocer otros

¹¹ ZANCHI, G.B. de: *Del modo di fortificare le città*. Venecia, Pietrasanta, 1554. CATTANEO, G.: *Dell'arte militare, libri cinque, ne'quali si tratta il modo di fortificare, ofenderé et diffendere, una forteza...* Brescia, 1584. MARCHI, F.: *Dell'Architettura militare...* Brescia, 1599. BUSCA, G.: *Della espugnatione et difesa delle fortezze...* Turín, 1585.

¹² Véase, CASTRO, A.: *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona, 1987, (1ª edición 1925), p. 216.

¹³ Co.Do.In., Vol.50, citado en MARTÍNEZ SANZ, J.L.: «Servir al rey. El ejército español en tiempos de Felipe II», en VV. AA., *Felipe II y su época*, Tomo II, Madrid, 1998.

¹⁴ J. Virués presentó un discurso titulado «Disputando qual es más provechoso para la República, el Estudio de las Letras, o el Estudio de las armas». Véase XIMENO, V.: *Escritores del reyno de Valencia*. Tomo I, Valencia, 1980, p. 214, edición facsímil de la de Valencia (1747).

escritos de aquellos años. El chantre de la catedral de Plasencia, Francisco Miranda, publicó en 1582 unos *Diálogos de la phantastica philosophia... de las Letras, Armas y del Honor...* En este trabajo las letras comienzan por considerarse como superiores al depender del ánimo y no del cuerpo, como las armas. Inmediatamente éstas responden que en la guerra el cuerpo, pero también el ánimo, son muy necesarios, pero incluso aun más éste último, que es la fuente de la fortaleza y la magnanimidad que deben adornar a los reyes y emperadores y causa de que éstos obtengan honores y fama. Por otro lado, las armas «son suficientes para hazer vivir a los hombres en razón y justicia...». (Fol. 95) En el diálogo entablado, las letras responden que los hombres se diferencian de los animales por la contemplación de las cosas celestiales y por la amistad, las cuales son entorpecidas por las guerras, algo bestial e inhumano. Las armas dirán que gracias a ellas se conservan los reinos y no por el trabajo de los contemplativos... Además, en un Príncipe es mayor el valor de la potencia que el de la ciencia, por ello, las armas deben ser preeminentes. Para las letras, todo lo que de positivo se obtiene mediante las armas, como las victorias, lo es por accidente y ello gracias a que los buenos capitanes han aprendido el arte de la guerra, que es ciencia: «Y así no pueden las armas ser de ningún precio sin la buena disciplina, la qual no se puede saber sin las letras...». (Fol. 97vº) Es más, son las letras las que vuelven a los hombres inmortales y, más en concreto, el trabajo de los historiadores que se ocupan de sus hazañas. La dignidad alcanzada por un soldado le llega a través de las letras. A ello responden las armas que las hazañas heroicas de un buen general se recuerdan sin necesidad de las letras. El diálogo termina recriminándose mutuamente todo lo que de malo han aportado al mundo y a los hombres unas y otras y, por último, deciden que sea el autor —«un valeroso espíritu» dice de sí mismo Miranda— quien diga la última palabra.

Diego de Santisteban y Osorio, en el prólogo de su *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas* (Madrid, Várez de Castro, 1599), exponía lo siguiente. «Opiniones hubo, que aún duran en nuestro tiempo, qual de las dos cosas, ò las armas o las letras tenían más conservada la república: y mirada la calidad de entrambas, me parece que son tan correlativas que para el buen gobierno y aumento de la patria son menester entrambas... por donde se colige ser verdadera conclusión, que tanta honra merece el que defiende su tierra, como el que la gobierna en la paz».

Un pensador político como Jerónimo Castillo de Bobadilla en su *Política para corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y guerra* (Madrid, L. Sánchez, 1597), tratando «De las letras para gobernar en la guerra», de entrada considera que los estados se defienden con las armas y con

las leyes –es decir, las letras o las ciencias–, pero, como tantos otros autores, no puede abstenerse de sacar a colación cuál de las dos es más importante. Utilizando argumentos de Platón y Valerio Máximo, Castillo de Bobadilla opina que por las armas se adquiere y se conserva la grandeza del Estado, mientras que con la disciplina militar se asegura el estado de paz. El ejercicio de las armas es el que da más gloria y fama a sus practicantes. Los modernos, como los franceses G. Botero, también reconocían su superioridad, porque la práctica de las letras iba, incluso, contra el espíritu de la persona, haciéndola melancólica. Pero, si bien el ejercicio de la guerra es el ámbito propio del militar, el decidir cuándo es lícito hacerlo es terreno propio del jurisconsulto. Hay que diferenciar muy bien el espacio de actuación de ambos, porque el letrado no puede opinar sobre nada práctico por carecer de experiencia directa en las cosas de la guerra, mientras que muchos militares han alcanzado la perfección del arte militar careciendo de letras. En el Estado, la virtud más valorada es la valentía; puesto que la guerra es un fenómeno tan común entre las monarquías, son los militares quienes defienden y conservan, atacan y engrandecen el Estado. La virtud suprema, que es la justicia (Aristóteles), debe pasar a un segundo plano por las necesidades de la guerra. El propio Aristóteles defendía que el gobernador debía ser hombre de letras, pero con conocimiento de lo militar. Justamente, dice Castillo de Bobadilla, si fuese así se acabaría la controversia.

En 1614, Francisco Núñez de Velasco vio impresos sus *Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia* (Madrid), dedicados conjuntamente a Felipe III y al duque de Lerma. En las palabras dirigidas al rey, Núñez de Velasco recuerda la necesidad que para la seguridad de cualquier reino se tiene de ambas, armas y ciencias –que él tratará desapasionadamente al haberlas ejercitado–; al duque de Lerma, en su dedicatoria, le recuerda que tanto unas como otras habían vuelto a ser usadas con provecho hacía poco tiempo: «...haciendo conexión y vínculo de amistad estas dos insignes facultades se ha limpiado este Reyno de la perniciosa inmundicia de la seta Mahometica, cuyos sectarios por diferentes vezes han intentado destruirle...». En el proemio es muy interesante la siguiente anotación del autor: como es un diálogo, «Advierto también al lector, y encarecidamente le pido (por quanto gran parte del espíritu de lo que se escribe consiste en la buena expresiva del entendimiento y lengua) que si leyere en público estos Diálogos, lea expedidamente, y con propiedad, sabiendo imitar todas las acciones, adaptándolas propiamente, según las pasiones mansas o coléricas, afirmativas, negativas, ò interrogantes de los interlocutores que representa leyendo, porque no [h]ay género de escritura que pida mayor advertencia en el que lee, que la que se escribe en Diálogos».

Francisco Núñez de Velasco utiliza a dos personajes, el capitán Marcial y el doctor Apolonio, y comienza con la típica referencia a Julio César, insigne tanto en armas como en letras, para pasar a defender cada uno la antigüedad de la milicia por encima de la de las armas y viceversa. En el diálogo segundo cabe destacar la defensa que hace el autor de la necesidad de remunerar a los soldados, en especial a los que han servido bien y regresan a la patria mutilados. Pero, por otro lado, como también es cierto que se ha usado mucho entre los españoles del amotinamiento para reclamar pagas, el autor no duda en señalar el peligro de las armas aún entre amigos.

En el diálogo tercero, Núñez de Velasco trata sobre el ámbito afectado por armas y letras: «Como las letras y ciencia es acto del entendimiento, forçosamente han de fatigar el espíritu donde es su principal exercicio, lo qual no puede ser sin ofensa de salud, siendo al contrario en la guerra, donde el trabajo carga sobre solo el cuerpo, que no sólo no es dañoso, pero aún suele ser saludable por el continuo exercicio, que consume y gasta los malos humores». El defensor de las armas reclama entonces el uso que del entendimiento ha de hacer un capitán general cuando se dispone a dar una batalla, todas las prevenciones, ardidés etc., que debe tener en cuenta: «Ansi que no penséis señor Maestro que el arte militar carece de trabajo de espíritu, que si la inteligencia y sentido de una ley, de un texto o una glossa desuela muchas vezes à un vigilante letrado, mayor fuerça tienen para desuelar à un Capitán las cosas referidas, y otras que suelen ocurrir...». El defensor de las letras responderá entonces que no duda de lo anterior, pero que el debate debe dilucidar cuál de las dos materias produce mayores beneficios, y es obvio que las letras son la «coluna que sustenta y estriva nuestra sagrada religión...». Inmediatamente se contestará que el mejor remedio para terminar con infieles y herejes protestantes son las armas.

En el diálogo quinto se tratan las diversas formas de guerra que existen y se introducen ejemplos en los que se alaba, más que la fuerza, la inteligencia y la prudencia. Se dice, por ejemplo, lo siguiente: «Bien sé que las letras que yo defiendo no pelean, pero aconsejan, y muchas vezes un buen consejo para alcançar una victoria ha valido más que las armas, y poder de todo un reyno...». Pero, por otro lado, «Tampoco podeys vos con razón negar que en los casos militares, no tiene la ciencia cabida, sin la qual la milicia padecería mil defe[c]tos, así en la traça de un fuerte bien entendido, como en aquartelar un ejército con seguridad y fortaleza, y formar con acomodada perfección los esquadrones, según la disposición de la tierra, y del enemigo para lo qual la perfecta geometría, Arismética y Matemática son tan necesarias». A ello le sigue una admirativa descripción de la destrucción causada por la pólvora y la artillería en murallas de piedra y en las

murallas de acero que son los escuadrones. La respuesta no se deja esperar: «Según esso Marcial, si la ciencia fue inventora de armas tan atrozes y tan crueles, a ella y no a la milicia se debe imputar esse daño y siendo assí podríamos decir, que en quanto a esto es de culpar la ciencia, que dio instrumentos a la milicia con que executar su fiereza...».

En el diálogo sexto presenta el autor al emperador Carlos V como el paradigma del perfecto capitán; también trata del problema de las plazas supuestas en el ejército, un asunto que se intentó resolver incrementando las pagas, pero, como la mala costumbre estaba tan arraigada, no se solucionó. Por ello, se dejó de aumentar el sueldo de las tropas y se toleraron algunos fraudes. Por último, para evitar los malos capitanes, uno de los personajes propone que fuesen sustituidos por médicos, que, al estar acostumbrados a matar durante la paz, pueden seguir haciendo lo mismo en el transcurso de la guerra.

En el diálogo noveno se insiste de nuevo en que la milicia sin el concurso de la ciencia sería «rústica, imperfecta, y defectuosa, porque careciera de las sutiles invenciones con que la ha adornado y fortalecido, interviniendo en muchas de sus máquinas, perfecta Filosofía, curiosa Matemática para su composición, como se verifica en la forma de la artillería...».

Al final de la obra, el autor comenta su experiencia particular: iniciado en el mundo de las letras, tuvo un deseo irrefrenable por las armas y militó algunos años en Italia luchando contra los franceses; pero todos los momentos que tenía libres los pasaba con libros, especialmente de Historia, «que son los más adaptados a la milicia, y más propios a la nobleza, dexandola precedencia a las divinas, que aún en ellas [h]ay famosos sucesos militares...». Pero, finalmente, dice: «...hallo a la ciencia sublimada en tan supremo grado, que a mi parecer es imposible que la yguale la milicia...». La única milicia que permite llegar al Cielo es la cristiana, que es perfecta, y sólo ésta puede alcanzar la perfección de la ciencia.

Alonso Cano y Urreta fue autor de *Días del jardín* (Madrid, 1619), donde en el diálogo cuarto –la obra se divide en jornadas– reprocha la disputa entre armas y letras como algo baladí: «Soldados y Letrados son necesarios en las republicas... En ambos caben las honras y mercedes de los príncipes. Sin que importe decir que las fuerças del cuerpo son propias de brutos y las del ingenio de hombres». (Fol. 159) Pero más adelante dirá: «Nacen las leyes y toman bríos en manos valientes».

Para Miguel de Cervantes, las armas, como las letras, requieren del espíritu, pues está muy claro que el cuerpo, las fuerzas corporales, no intervienen a la hora de conjeturar los designios del contrario, urdir estrategias para confundirlo y derrotarlo o para prevenir y evaluar las necesidades mili-

tares que tendremos. Está claro que el fin del letrado es conseguir una justicia distributiva, dar a cada uno lo que es suyo y hacer que las leyes se cumplan; pero la finalidad del guerrero es asegurar la paz, «...que es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra». La vida del estudiante es dura y difícil; ¿acaso lo es menos la del soldado? Cervantes continúa comentando la pobreza que caracteriza la vida del militar, que depende de su soldada –cuando la cobra– para mantenerse, o de lo que pueda rapiñar, poniendo en peligro su conciencia. Con buen criterio, puesto que conoció la institución, Cervantes explica que mientras son innumerables los soldados muertos en la miseria, los premiados por la guerra son poquísimos, cosa harto curiosa si tenemos en cuenta las enormes dificultades y peligros que deben afrontar. En su caso, el premio no se corresponde con el esfuerzo que deben realizar.

Se dice que sin las letras no se podrían sustentar las armas, puesto que la guerra se rige por leyes y éstas están sujetas a las letras y a los letrados. Pero las armas pueden alegar que sin ellas, sin su defensa de la república, las letras tampoco se sustentarían. Si bien hay que esforzarse para llegar a ser letrado, también el soldado debe hacerlo, pero con la desventaja de que su vida está en permanente peligro, sobre todo en una época en la que las armas de fuego matan a distancia e impiden demostrar en la lucha cuerpo a cuerpo la pericia adquirida mediante la práctica de las armas¹⁵. En *Persiles y Segismunda* aboga Cervantes por la fusión del oficio de estudiante con el de soldado: «...no hay mejores soldados que los que se transplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece». (III, x)

Es más que interesante el trabajo del portugués Joao Pinto Ribeiro, muerto en 1649, en su *Preferencia das letras as Armas* (Lisboa, Craesbeeck, 1645). Basándose en Aristóteles, que antepone la jurisprudencia, una parte de las ciencias contemplativas, al arte militar, Ribeiro también hace lo propio, pero dando oportunidad a ambos mundos para aportar sus pruebas. A partir de diez argumentos, Armas y Letras se defienden. En cuanto a las primeras, fueron preferidas por los romanos, grandes conquistadores; además, las armas aseguran la existencia de los reinos y permiten la paz, condiciones *sine qua non* para la subsistencia de la sociedad; las leyes siempre die-

¹⁵ CERVANTES, M. de.: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Espasa-Calpe, 1984, pp. 242-246.

ron la primacía a las armas sobre las letras y a la hora de la acción, cuenta más el saber militar, del arte de la guerra, que el consejo. Por otro lado, numerosos reyes y príncipes despreciaron siempre las letras. Además de estos cinco argumentos iniciales, los restantes son, hasta cierto punto, reiterativos. Por ejemplo cuando Ribeiro insiste en que la milicia es más necesaria para la conservación de la República que las letras; son las armas y no las letras quienes enseñan la auténtica magnanimidad y la fortaleza, grandes virtudes; las letras sólo sirven para alcanzar una vida mejor, para recreo y pasatiempo, cuando el ocio, como vimos al inicio de este trabajo, siempre estuvo perseguido y mal visto; la práctica, la acción, siempre es más noble que la contemplación, y ya se puede suponer quien contempla y quien actúa. Por último, Aristóteles, y a Ribeiro no le importa ahora que el famoso autor le eche una mano a las armas, creía más digna la causa operante que la consultante, y de nuevo las armas ejecutantes se proyectan por encima de las letras contemplativas.

Los argumentos favorables a las letras principian señalando Ribeiro cómo en el cerebro se sitúa el entendimiento que rige el corazón, donde mora el esfuerzo, ámbito natural de las armas, por lo que se colige que las letras mandan sobre las armas al estar aquéllas regidas por el entendimiento. Como el príncipe es la cabeza y el general las manos, la acción, las armas son súbditas de las letras más cercanas al príncipe. La ciencia y la sabiduría, y aquí la nómina de autores convencidos de ellos es muy notable, es superior, o más necesaria, que la fortaleza. Por otro lado, el camino de las letras asegura alcanzar la virtud, mientras que la profesión de las armas puede llevar más fácilmente a caer en los vicios. Las letras se rigen por la razón y el consejo, mientras que las armas lo hacen por la fuerza y la violencia. También, como en el caso de las armas, los argumentos favorables a las letras comienzan a ser un tanto repetitivos a partir del sexto, cuando Ribeiro señala cómo las letras son el cerebro y las armas el corazón. La ciencia es preferible a la experiencia, por lo tanto, el conocimiento de la guerra alcanzado a través de las letras es mejor que el obtenido gracias a la práctica. En todo caso, más bien parece que la auténtica perfección del militar sólo puede alcanzarse aunando una gran experiencia vital en la guerra junto con un complemento indispensable como era el conocimiento adquirido a través de la lectura apropiándonos de esta manera de las experiencias guerreras de otros muchos. Redundando este último punto, Ribeiro señala que en la guerra los consejos son muy útiles, de ahí la preeminencia de las letras sobre las armas. Además, las armas sólo aseguran destrucción y muerte, olvidándose momentáneamente de la seguridad y tranquilidad antes citadas, mientras que las letras son sinónimas de paz y felicidad. Por último, de forma inteligente, Ribeiro nos

hace ver que sólo gracias a las letras se podría perpetuar la gloria del soldado procurada en el campo de batalla. Como señala Manuel-Reyes García Hurtado, a quien hemos seguido en sus comentarios sobre Ribeiro, el triunfo final de las letras sobre las armas quedaba certificado cuando se percibía que éstas no podían sacar adelante su función si no iban acompañadas por toda una serie de conocimientos teóricos. En palabras de Ribeiro, «no basta para llegar al arte militar a su debida perfección el ordinario ejercicio de los ejércitos, sino que conviene haber escuelas, y que se aprenda & enseñen los primores de ella. Estos primores están más en la teórica, o especulativa, que en la práctica...». Y concluía que el gran soldado no sólo lo era por la práctica, sino también por la teórica. Como bien dice García Hurtado, «La conclusión de Ribeiro es firme pero descorazonadora. Las armas precisan de las letras, sin embargo los que dirigen los Estados y los ejércitos siguen anclados en la caduca creencia de que sólo por el valor se granjean las victorias. Aunque se escriba desde Portugal bien se puede aplicar a España, pues la ausencia de academias, de centros de formación reglada militar en el largo siglo XVII, cuando guerra se va tecnificando y la táctica complicando, no podrán menos que acarrear derrotas de las que Rocroi será un hito, marcando un antes y un después, pero lamentablemente un después que permanecerá anquilosado soñando con un antes que cree poder reverdecer, ignorando que las nuevas condiciones requieren nuevos métodos»¹⁶. Y como señala I.A.A. Thompson, en la segunda mitad del siglo XVII «Tanto en tierra como en mar, la guerra se hacía más técnica, era más una competición tecnológica en la cual los cálculos mecánicos tenían mayor relevancia que el espíritu militar». Y en esa competición España resultó perdedora¹⁷.

Por su parte, Francisco de Quevedo, en su silva «Al inventor de la pieza de artillería», retomó un tema muy manido¹⁸: la pérdida del virtuosismo del

¹⁶ Véase el excelente trabajo de GARCÍA HURTADO, Manuel-Reyes: *El arma de la palabra. Los militares españoles y la cultura escrita en el siglo XVIII (1700-1808)*. La Coruña, 2002, pp. 98 y ss.

¹⁷ THOMPSON, I.A.A.: «La guerra en la Historia Moderna. La Revolución Militar y la trayectoria de España», en *Actas V Jornadas de Historia en Llerena*. Llerena, 2004, pp. 11-26, esp. pp. 25-26.

¹⁸ Ya aparece en el *Orlando Furioso* de L. ARIOSTO, cuando en el canto X dice: «Torna a la fragua tu armadura fina,/ soldado, y el arnés, pica y espada:/ que si de un arcabuz no vas cargado,/ podrá ser que no seas bien pagado (...) Por ti, militar gloria es acabada,/ por ti, el arte de armas es caída,/ por ti el valor y la virtud postrada,/ que al malo y al bueno das igual medida:/ no gallardía ya, no hombre valiente/ pueden en el campo hallar par igualmente (...) Como he dicho, si el dicho este no yerra:/ bien fuera el más cruel de todos cuantos/ fueron en este mundo, en cualquier parte,/ el inventor de tan sangrienta arte». ARIOSTO, L.: *Orlando furioso*. Planeta, Barcelona, 1988, p. 148.

guerrero en la lucha a corta distancia. «Este burló a los muros su defensa;/ éste, a la muerte negra, lisonjero,/ la gloria del valiente dio al certero;/ quitó el precio a la diestra y a la espada,/ y a la vista segura dio la gloria,/ que antes ganó la sangre aventurada./ La pólvora se alzó con la victoria; della los reyes son y los tiranos; ya matan más los ojos que las manos (...)»¹⁹. Matan más los ojos que se aplican a la lectura del libro técnico, pero sin olvidar la práctica, que en estas materias lo es casi todo. De todas formas, F. de Quevedo da una imagen muy negativa de la milicia. En el soneto «Descubre quién lleva los premios de las victorias marciales», dice: «Más vale una benigna hora del Hado/ al que sigue la caja y bandera,/ que si una carta de favor le diera/ Venus para Mavorte enamorado./ Heridas son lesión al desdichado,/ no mérito a su fama verdadera;/ servir no es merecer, sino quimera/ que entretiene la vida del soldado./ De las pérdidas triunfa el venturoso;/ padece sus victorias el valiente,/ en mañosa calumnia del ocioso./ Druso, acomoda con la edad la mente;/ guarda para la paz lo belicoso;/ aprende a ser en el peligro ausente»²⁰. Ahora bien, para otros autores, como Mosquera de Figueroa, los peligros de la guerra moderna son vistos con admiración por la capacidad de destrucción masiva, tanto de hombres como de las fortificaciones. Incluso el ruido de estas armas es calificado como agradable cuando se disparan para celebrar una victoria²¹. Es muy interesante el análisis sobre las armas de fuego que en su momento hizo Trajano Boccalini en sus *Discursos políticos y avisos del Parnasso* (Huesca, F. Larrumbe, 1640). En un supuesto juicio del inventor de la bombarda, se le quiere ajusticiar por haber descubierto dicho instrumento de muerte, pero el personaje se defiende diciendo que su intención había sido, en realidad, hacer ver el error –y el horror sumo– de la guerra con aquella máquina infernal. Pero, ante su sorpresa, los hombres habían aceptado su invención para seguir matándose de forma más eficiente. La culpa, pues, no la tiene el arma de fuego, sino todos aquellos que labran su beneficio en los campos de batalla y con la muerte de sus semejantes.

En cualquier caso, y a pesar del peligro del arma de fuego, el propio M. de Cervantes, en *El licenciado vidriera*, dice de su protagonista que terminó yéndose «... a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen

¹⁹ QUEVEDO, F. de.: *Obra poética*. Vol. I, edición de J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969, pp. 279-282. También sobre Quevedo, véase CASTILLO CÁCERES, F.: «La idea de la guerra en la obra de Francisco de Quevedo», *Revista de Historia Militar*, nº 80. Madrid, 1996, pp. 155-182.

²⁰ QUEVEDO, F. de.: *Obra poética*. Vol. I, p. 240.

²¹ Citado en MARAVALL, J.A.: *El Humanismo de las armas en Don Quijote*. Madrid, 1948, p. 146-147.

amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado»²². Como en la Antigüedad clásica, habrá muchos soldados literatos, o viceversa, durante estos años. Pero, ¿cuáles de sus hazañas perdurarán más tiempo, las literarias o las marciales? ¿Qué es mejor, la honra alcanzada por la guerra, o la gloria que confieren los libros?²³

Normalmente, lo que se hizo, siguiendo a B. Castiglione, es mostrar cómo los grandes hombres de armas jamás desdeñaron las letras. En *El Cortesano* (1528) se señala que muchos capitanes antiguos, «...todos ennoblecieron las armas con la dotrina. Alexandre tuvo (como sabéis) en tanta veneración a Homero que siempre tenía la *Ilíade* a la cabecera de su cama; y no sólo en las letras que llaman de humanidad, más aun en la especulación de la filosofía puso muy gran diligencia tiniendo a Aristótil por maestro... César, cuán amigo fuese de las letras sus mismos *Comentarios*, que él divinamente dexó escritos, lo declaran. De Scipión Africano se dice que siempre traía en las manos aquellos libros de Xenofonte...». Incluso Aníbal, aunque fuese de «nación bárbara... no por eso dexó de tener letras y de alcanzar algunas noticia de lo griego; y acuérdome haber leído que compuso un libro en lengua griega». Continúa B. Castiglione recordando que los franceses eran quienes argumentaban a fines de la Edad Media que el conocimiento de las letras embarazaba el de las armas, cuando hay un vínculo muy claro entre ambas: en las cosas de la guerra, «la verdadera espuela es la gloria, y quien se mueve por intereses de dinero o de otro provecho... no merece ser llamado caballero, sino muy ruin mercader» –un tema del que trataremos más adelante–; y la auténtica gloria es «la que se encomienda a la memoria de las letras». A. Cornazzano, autor del siglo XV, era de la misma opinión. La prueba está en que los hechos de armas de los grandes capitanes del pasado son conocidos, al ser leídos, por todos. Las letras son el seguro de la fama perpetua. El punto de vista de Pietro Bembo, recogido dentro del diálogo de la obra de Castiglione, es el del defensor de las letras, que pertenecen al alma, por encima de las armas, que pertenecen al ámbito corporal. L. de Canossa era el encargado de sostener la primacía de las armas, aunque no desdeñaba la formación humanista que incluye, obviamente, la lectura de Historia²⁴.

Trasladando la polémica al caso hispano, en su *Democrates primus* (Roma, 1535), Juan Ginés de Sepúlveda comentaba que al llegar a Bolonia

²² CERVANTES, M. de: *Novelas ejemplares*. Vol. II, Madrid, 1982, pp. 43-74, cita en p. 74.

²³ M. de Cervantes plantea estos temas en su *Persiles*. Véase, CASTRO, A.: *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona, 1987, (1ª edición, 1925), p. 218.

²⁴ CASTIGLIONE, B.: *El cortesano*. Madrid, 1994, pp. 178-186.

pudo constatar cómo algunos miembros de la nobleza española que guerreaban con el Emperador en Hungría, «algunos de ellos sentían especial inclinación no sólo a las armas, sino también a las letras, contra la costumbre de nuestra gente; pues, en tiempos pasados, rarísimo hubiera sido el español de ilustre linaje que hubiere aprendido siquiera la lengua latina; debido ello, según yo creo, a las guerras que, ya antiguamente, los nuestros, dentro de la misma España, hacían casi continuamente contra los enemigos de la Religión cristiana, pues la afición a las letras suele ser consecuencia de los ocios de la paz»²⁵.

Un siglo más tarde, J. Caramuel de Lobkowitz, en su *Declaración mística de las Armas de España* (Bruselas, 1636), decía en el prólogo al lector que la Hispania romana se caracterizó por florecer en Armas y Letras por igual: «...esta Península...en armas floreció, y en Letras, ...fueron sus ciencias militares, conceptuosos sus armas, y dignísimas de singular observación». El autor buscaba un precedente para la época que le tocó vivir: «Son alas de aquesta invicta Monarquía las Letras, y las Armas, y con ellas se remonta a la soberanía que [h]oy tiene a pesar de poderíos injustamente belicosa. Alas, que [h]oy gobernadas con la dirección de su Real Alteza aspiran victoriosas a tender el vuelo sin sosegar, [h]asta abatir reveldias de las que [h]an de ser suyas... Alas son, que tienen plumas, y cañones; aquellas para que cortadas subriles derriben errores scismáticos de nuestros enemigos; estos para que fulminen rayos, que sin hazer daño a los rendidos, hagan ceniza todos aquellos en quienes hallaran resistencia» (p. 150).

Quizás fuera D. Antonio de Herrera y Tordesillas, cronista regio, quien mejor resumiera este contencioso. Herrera no está de acuerdo en que «...las letras enflaquecen los ánimos y los afeminan», y para probar lo contrario nos ofrece la consabida lista de milites aplicados a las letras, tanto antiguos como modernos, tanto cristianos como turcos. Es curiosa la relación que nos proporciona de licenciados que estuvieron presentes en la conquista de América. Ahora bien, «...en quanto a los soldados particulares la común opinión es que no han de saber más que bien obedecer, no siendo como no es necesario que sean tan instruidos en las letras, como las cabezas, para tan excelente inteligencia como la de las cosas del gobierno y de la guerra»²⁶.

Desde el punto de vista del autor interesado en la formación de la nobleza, como Pedro López de Montoya, autor de un *Libro de la buena educación*

²⁵ *Democrates primus* o «Diálogo sobre la compatibilidad entre la milicia y la religión cristiana», en LOSADA, A. (traductor y editor): *Tratados políticos de Juan Ginés de Sepúlveda*. Madrid, 1963, p. 133.

²⁶ *Discursos morales, políticos e históricos inéditos de Don Antonio de Herrera*. Madrid, 1804.

y enseñanza de los nobles... (Madrid, P. Madrigal, 1595), en la porfía por el primer rango entre armas y letras, apuesta por las segundas, puesto que el noble, además de pelear, también gobernará, y para tal menester la erudición es básica. Como el fin de toda guerra justa es la paz, en ésta son mucho más útiles las letras que, obviamente, las armas. Pero es que, además, para el manejo de las armas –para la guerra– es muy necesario el conocimiento de las ciencias. Para que la guerra marche bien es necesario el consejo, el buen entendimiento, el estudio, las letras en definitiva. No vencen los más fuertes, sino los más fuertes en armas, orden y consejos acertados. Como de niños nos faltan fuerzas para el manejo de las armas, López de Montoya concluye que la sabia naturaleza ya ha dispuesto que primero acudamos a las letras para que, cuando nuestro cuerpo crezca, dispongamos de la sabiduría necesaria. Los grandes capitanes sin erudición son casos excepcionales; sin duda, de haber tenido sabiduría hubieran sido aún más grandes.

Dentro del mundo de la milicia había otro punto de vista. Un soldado de infantería veterano como Martín de Eguiluz, que escribía en su prisión milanesa sobre el tema que nos ocupa, comentaba: «Todo esto he querido dezir... ser suprema nobleza la de las armas, exercitadas en servicio de su Rey y señor. Y si bien las letras son la flor, las armas son el fruto en grandeza, valor y fuerça... y assi se deve gloriarse el soldado, que a su Rey sirve lealmente...»²⁷. Un técnico como Luis Collado, en su *Plática manual de Artillería* (Milán, 1592), advierte que la tranquilidad tanto del cuerpo físico como del cuerpo universal de la república descansan no sobre la paz directamente, sino sobre la capacidad para hacer la guerra: «...Es tanta finalmente la excellencia del arte militar, que aun esta paz misma, sin el presidio de las armas en ningún lugar, ni tiempo podría estar segura, ni menos los mortales gozar los tan salubres frutos de ella, que son de una sancta tranquilidad de spiritu dulce y suave reposo del cuerpo, cosas que con natural afecto todos los bivientes desean».

El religioso Juan B. Gil de Velasco, autor de *Católico y Marcial modelo de prudentes y valerosos soldados* (Madrid, 1650), dice: «...las letras son la madre del uso de las armas, y las que corrigen las guerras, con la lección de tantos títulos, y libros del arte militar... Y si hubo Príncipes y capitanes que llegaron a la perfección de la Milicia, sin noticia de las letras, esto es bueno para que se animen los que no saben leer, que ya (sic) muchos en los exércitos, y que los que saben no desprecien la lección: porque con ella llegarán antes a esta perfección...», además de con la consabida práctica. Y cita

²⁷ Y poco más adelante dice que letras y armas unidas son «...como la cavallería con la infantería en exército, que la una con la otra juntas son fortísimas...».

al poeta de la Arcadia (J. Sannazaro) quien escribió sobre Julio César: «Letras y Armas igualava/ Quando más la guerra ardía,/ Si peleando escribía/ Escribiendo peleava». (Fol. 21)

Otro religioso, el jesuita, calificador inquisitorial, lector de Teología y Sagrada Escritura en Salamanca y predicador de Felipe IV y de Carlos II, Andrés Mendo, interesado en la formación del príncipe en su *Príncipe perfecto y ministros aiustados, documentos políticos y morales* (Lyon, Boissat y Remeus, 1662), trataba así la cuestión: «Las ciencias y las armas forman un príncipe perfecto; dándose las manos con amigable ayuda; no basta cada una por sí sola, y la dicha del gobierno se deriva de ambas juntas». «El tiempo de la paz es oportuno para cultivar el entendimiento con noticias provechosas; el de la guerra para manejar las armas, ò alentar el exercito con su presencia, [h]aviendo aprendido el arte militar, con que conocer si està dispuesto con destreza... En los libros se aprende à pelear; en las armas se enseña como se han de guardar el Derecho y la Justicia. Alternativamente se dirigen las leyes y las armas». El valor que debemos poseer con la sabiduría se engrandece, puesto que la prudencia necesaria sólo la hallamos gracias al conocimiento y sin prudencia el valor acaba en temeridad o, si declina, en cobardía. Es falsa la idea que el hombre de armas y el príncipe no deben entender de letras. «La erudición y los libros muestran el camino para los aciertos, avivan el discurso para las empresas, instruyen la voz para la eficacia, inflaman el pecho para la verdadera gloria, retrahen el ánimo de acciones indecentes, y persuaden obras dignas de la magestad y grandeza». De todas formas, recomienda que el príncipe sepa de todas las ciencias pero lo justo, que no dedique más tiempo a estos menesteres que al gobierno. Pero en la lectura de obras históricas no hay cortapisa: «Más enseña la Historia en poco tiempo, que la experiencia en mucho» (emblema XVIII).

En el ámbito de la política, las letras tenían las de ganar. Éstas llevaban anexas unas virtudes que, junto con el deseo de obtener honra, hacen que el político –en el caso de Castillo de Bobadilla el corregidor– se esfuerce por gobernar bien, de modo que es preferible el corregidor letrado al iletrado. Tras exponer dicha idea, Castillo de Bobadilla se anima y termina por preferir el estudioso de las leyes al militar, porque el soldado, sin la dignidad del mando, es inferior al primero. Para finalizar la disputa en forma de concordia, Castillo de Bobadilla piensa de forma brillante que «en los actos meramente de guerra se prefiera el cavallero; pero en los actos de letras, ò de gobierno solo, ò de gobierno y milicia juntamente, se prefiere el letrado...», (p. 117) sencillamente porque tiene más virtudes y más honra que ganar que el propio soldado. Eso es así porque, según el autor, «Con las letras se corriegen los vicios de la intemperancia, de la temeridad, de la injusticia, de la

imprudencia, y de la pusilanimidad, y con ellas se perfeccionan los hechos hazañosos y suben de punto hasta el mayor grado de virtud». (p. 119)

No deja de ser curiosa una actitud como la de Justo Lipsio. Autor de dos obras muy apreciadas por los militares –*De Militia Romana* (1595) y *Poliortetica* (1596)–, J. Lipsio era consciente de que «La mayor parte de nuestra juventud está mal instruida y se le inculcan opiniones equivocadas: sólo a las artes mercenarias se dedica y descuida o desprecia las artes antiguas e ilustres, con las cuales se alcanza no sólo doctrina, sino prudencia». A otros corresponsales suyos les recomienda que no desdeñen las letras, a pesar de que en una época de guerras como aquella, las «artes óptimas son los que honran y forman el espíritu» y se ejercitan mediante la lección y los libros²⁸. La guerra, pues, a fines del Quinientos, podía tener una influencia perversa sobre la juventud, según Lipsio; por ello nos ha parecido muy interesante contrastar una opinión como la expuesta con la de algunos jefes militares florentinos de las primeras décadas del siglo XVI para los que el servicio militar hizo de una juventud viciosa, depravada e insustancial un dechado de virtudes ciudadanas. En este caso, había sido el ejercicio de la milicia el factor purificador de una sociedad civil corrompida²⁹.

En las últimas décadas del Seiscientos, J. V. Sala y Abarca en su *Después de Dios la primera obligación; y glosa de órdenes militares...* (Nápoles, 1681) hacía disputar sobre este asunto a un soldado y un letrado quien, tras reconocer que la mayor honra se ganaba sirviendo al rey como soldado en unos años tan difíciles como aquellos, y que su formación cultural, mediante la lectura de obras de arte militar, le permitiría alcanzar la perfección en el mundo de las armas de forma más rápida, terminaba por enrolarse en el ejército.

En realidad, en el contexto de las luchas religiosas, especialmente del siglo XVI, el empleo de la milicia terminó por superar al de las letras. R. Puddu señala como muy significativo el papel de los jesuitas quienes, especialmente tras el Concilio de Trento, tomaron el timón en la lucha contra la herejía mediante la educación de los laicos³⁰. Estos mismos jesuitas, en el siglo XVII llegan a emplearse en la lucha directa, como el padre Camassa en la batalla de Nördlingen (1634), y se aplicaron al estudio de las matemáticas y de la artillería (Isidro de Monzón, Genaro María Afflitto, José

²⁸ RAMÍREZ, A.: *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*. Madrid, 1966. La primera cita pertenece a la carta al capitán Francisco de San Vítores (25-XII-1594), pp. 80-81. La segunda es una carta a Lope Dionisio de Castilla (8-VIII-1597), p. 247.

²⁹ VERRIER, F. : *Les armes de Minerve. L'Humanisme militaire dans l'Italie du XVIe. Siècle*. París, 1997, p. 48.

³⁰ PUDDU, R.: *El soldado gentilhombre*. Barcelona, 1984, p. 121.

Zaragoza y, en el XVIII, con Vicente Tosca o José Cassani). El padre Gracián de la Madre Dios –hijo del helenista Diego Gracián de Alderete– fue quien lo expuso más clara y radicalmente: «Mi profesión es de soldado y no de theólogo... no quiero defender mi Iglesia Romana con la lengua, sino con la espada, con armas y no con letras», dirá el soldado iletrado Liranzo al soldado hereje Guillermo en un diálogo de su *El soldado católico* (Bruselas, 1611). Y el franciscano Juan Ginto decía en 1653 que, «...ya que con la lança ò pica no puedo ayudaros, lo hiziese con la pluma...».

Otro religioso, Fr. Juan de Salazar en su *Política española* (Logroño, 1619)³¹ considera que armas y letras eran, por igual, garantes para el buen funcionamiento de los asuntos del Estado. Cuantos mayores y mejores son los capitanes y los letrados, más duradera será la Monarquía. Salazar habla de «escuadrones» de letrados, muchos de ellos eclesiásticos, que «fortifican» su monarquía tanto como puedan hacerlo las fortalezas o las tropas. Para este autor, los hombres doctos, sobre todo los religiosos, consiguen aplacar a los más vulgares miembros de la república, y con el concurso de una lengua común para todos los vasallos, se impiden las sublevaciones o las revueltas en los diferentes reinos de una monarquía. El otro instrumento para aplacar los ánimos y conservar la Monarquía son las armas. La milicia hispana es invencible al poseer buenos soldados –valerosos, animosos, eficientes y disciplinados– y excelentes capitanes, prácticos y experimentados en los asuntos de la guerra. La juventud es el mejor momento de la vida para aprender, y en la guerra ocurre igual, de manera que hay que ejercitarse desde jóvenes, para aprender todo lo que se pueda. Ensalza su frugalidad, muy útil al fallar los aprovisionamientos en la guerra; aunque claro, cuando se producía tal circunstancia los paisanos eran los primeros en enterarse, si bien el autor no menciona el hecho público y notorio.

Fr. Juan de Salazar antepone las cualidades personales a la cuna. Sólo deberían dirigir ejércitos aquellos que, a la nobleza de su condición, añadan sabiduría y experiencia adquiridas en el seno del ejército. Aunque se tengan conocimientos teóricos y, sobre todo, el apoyo de unos poderosos, el negocio de la guerra es tan importante que no se puede dejar un ejército en manos de alguien que sea general, pero no soldado. Opinión también compartida por Alonso Menor, caballero de San Juan y jurista, en sus *Avisos a príncipes y gobernadores en la guerra y en la paz* (Zaragoza, 1647), cuando dice: «La nobleza es un fundamento fuerte para la milicia. Y aunque es

³¹ Citamos por la edición de M. Herrero García, Madrid, 1945. Véase, asimismo, CASTILLO CÁCERES, F.: «El providencialismo y el arte de la guerra en el Siglo de Oro: la 'Política Española' de fray Juan de Salazar», en *Revista de Historia Militar*, nº 75, Madrid, 1993, pp. 135-156.

difícil el juntar esto en la guerra, porque no todos los soldados pueden ser hijos de padres nobles, a los menos las facciones de importancia procuré-
se encomendar a quien lo sea y tenga buena sangre, y podarse esperar buen
sucesso».

De hecho, debido en parte al auge de la propaganda política como
herramienta de lucha –como diría Alexandre Ros en su *Cataluña desenga-
ñada* (1646): «En siglo tan cauteloso en que se pelea más con libros que con
ejércitos, [h]e querido militar con las armas de la pluma»– las letras y las
armas acabaran por superar su distanciamiento. O podríamos argumentar
que, en el caso hispano, nunca lo hubo. Según P. Vilar, «no ha habido, por
lo menos en Occidente, tantos escritores-soldados y soldados-escritores
como en el Siglo de Oro español»³². Sin contar con los ambientes, tramas y
personajes salidos directamente del mundo de las armas y recogidos por la
literatura del momento³³. Seguidamente leeremos a algunos de tales poetas-
guerreros.

Observamos que, como en el caso italiano, finalmente la querrela entre
armas y letras no tienen sentido: ambos mundos deben servir a la causa de
su príncipe. Por un lado, el militar no debe dejar de lado su formación inte-
lectual, mientras que el letrado no debe quedar atrás en la defensa de su
príncipe y de su religión. En segundo lugar, Girolamo Muzio tuvo el acier-
to de colocar al soldado y al letrado en la misma categoría: el de la persona
que obtiene el ennoblecimiento no por la cuna, sino por el mérito, uno físi-
co, otro intelectual. Otro tratadista del duelo, Darío Attendolo hablará de las
diferentes formas de ennoblecimiento –por las armas, por las letras y por la
riqueza– y de cómo la nobleza de cada profesión o estatus social es dife-
rente porque se sostiene sobre virtudes específicas. Armas y letras son,
pues, honorables y sus practicantes también³⁴.

³² VILAR, P.: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*. Barcelona, 1982, p. 33.

³³ DÍEZ BORQUE, J.M.: *Sociología de la comedia española del siglo XVII*. Madrid, 1976, pp. 194-207: «Exaltación de la patria: la comedia como propaganda bélica».

³⁴ VERRIER, F.: *Les armes de Minerve*. Páginas 128-134.